

PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 0'75 peseta
 or tres meses..... 2'25 »

ADVERTENCIAS.

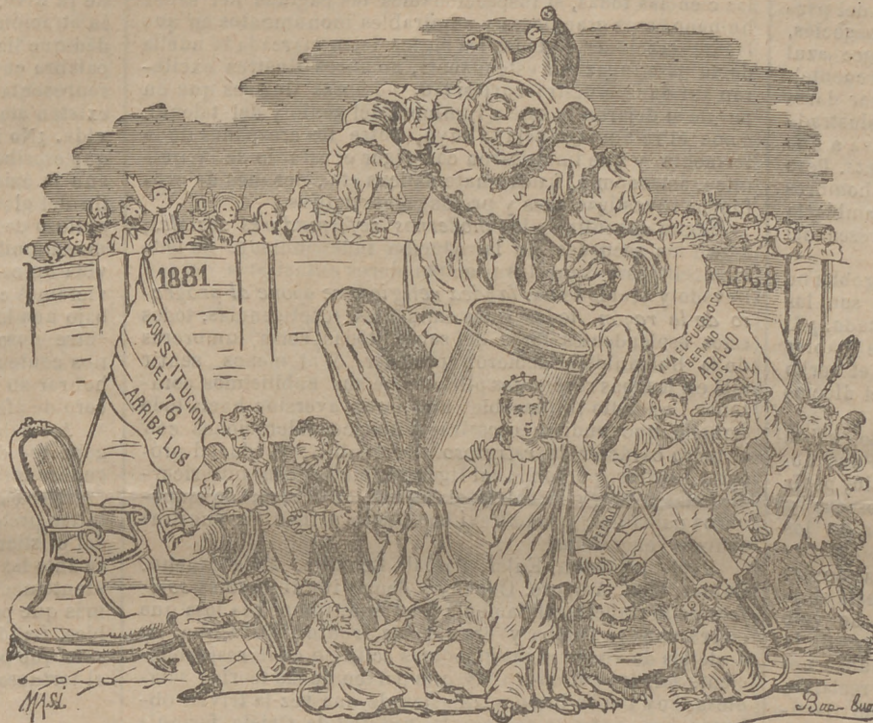
La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público cuatro veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos sino viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA 15 CÉNT



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 2'50 pesetas
 Valiéndose de comisionados. 3 »

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 6'25
 Filipinas, un año..... 30

NOTA.

La palabra *progresista*, colocada á la cabeza de este periódico, dá la medida de la fuerza de su color.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de los Estudios, núm. 17, principal izquierda, á donde se dirigirá la correspondencia al propietario y Director,

DON PABLO MARIN Y ALONSO

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA, 15 CÉNT

RIGOLETO.

PERIODICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS.

EL MARQUÉS DE CERRALBO

Los periódicos carlistas y no pocos liberales se ocupan del viaje del señor marqués de Cerralbo que es una ovación continua.

En todas las poblaciones de Cataluña que visita se le recibe con entusiasmo extraordinario.

Numerosas comisiones carlistas visitan al ilustre presidente de todos nuestros círculos y le vitorean y le obsequian como merece el fidelísimo representante del señor Duque de Madrid.

Bien por los catalanes que tan dignamente saben recibir al señor marqués de Cerralbo.

No nos es posible dar cuenta de las recepciones de Barcelona, Vich, Ripoll, Manresa y otros puntos, ni hacer la reseña de las veladas que se celebraron en honor del señor marqués.

Sabemos que los carlistas tortosinos y valencianos le esperan con ansiedad y se preparan á recibirle como los carlistas catalanes.

Adelante, hasta vencer ó morir.

DIALOGO DE CLARIDADES

III

—Le supongo á Ud. preocupado favorablemente en el asunto que veníamos ventilando.

—Y ¿quién no se ha de preocupar al oír á Ud. expresarse en un lenguaje tan duro y tan descarnado que parece usted una Pitonisa de Endor que habla con los muertos aprovechándose de un testimonio que hiela la sangre? Pero pasada esa primera impresión, vuelve uno á la realidad de las cosas y no se puede dar por convencido.

—No crea Ud. que me coje de sorpresa ese su estado psicológico y menos aún su indecisión y pertinacia, porque, dicho sea sin ofensa de nadie, he conceptuado siempre más difícil convertir á un católico liberal que á diez descamisados de la clase de libre pensadores, y la razón de esto es evidente, porque mal puede convertirse quien no se reconoce pecador ni reo de culpa alguna, antes bien se está santificando y excusando constantemente.

Y esto es lo que le pasa á todo católico liberal, sin que mi ánimo sea recriminar á Ud., á quien considero independiente y sin compromiso alguno político aunque sí con algunas aficiones y tendencias al absurdo (en mi concepto) de amalgamar dos ideas que braman de verse juntas. ¿Cómo se ha de convertir fácilmente el católico liberal? ¿Cómo ha de salir justificado si á imitación del fariseo del Evangelio se da ya á sí mismo por justificado discutiendo de esta manera: «yo no soy, Señor, como aquel otro revolucionario que sin temor de Dios ni de los hombres todo lo atropella, todo lo niega; yo lleno mis deberes religiosos como el mejor, yo no me meto con nadie y si intervengo alguna cosa en el bullicio y movimiento de los partidos, es con el fin santo de neutralizar las deplorables consecuencias que del planteamiento de los principios revolucionarios resultan á la Iglesia y al Estado; yo, señor, no soy del número de esos desdichados?» ¿Cómo ha de poder convertirse jamás el que tal se juzga y por sí y ante sí se canoniza?

Por esto, á pesar de que prometí el día anterior indicar la línea de conducta que debíamos seguir los católicos

para remediar los males que deploramos, no creo estará demás, ya que no tengo el gusto de ver á Ud. todavía convencido, puntualizar las cosas con algunos detalles que pongan en evidencia cuán absurdo, contraproducente y hasta perjudicial sea para la misma religión y la patria la consigna y modo de proceder de algunos católicos, que con los fines aparentemente santos que Ud. indicó en otra conferencia, se meten de rondón en la bullanga de los partidos liberales. ¿Se á, pues, del agrado de Ud. el que prosiga mi tema en el sentido indicado?

—Que me place, aunque no sea más que por el gusto que me proporciona escuchar un lenguaje tan sincero y tan fervoroso, que si no es el de la verdad, se le parece como una cosa á sí misma.

—Gracias, amigo mío, y dejando á un lado cumplidos que entre amigos huelgan, me entraré, con su permiso, en un terreno más práctico, cual es el de los ejemplos.

Y para ahorrarnos tiempo y palabras, citaremos uno que vale por muchos. Supongo que el Sr. Pidal se merecerá el aprecio de Ud. y el concepto que de él tengo formado no disminuirá en nada de la realidad y modo de ser suyo en asuntos de religión y de patriotismo; pues sobre un juicio que tanto le honra de parte de Ud., me permitirá Ud. que tenga el mío sobre el hilo; es decir, que le venza á Ud. en esa porfía, no creo que estará descontento de mi imparcialidad.

Pues bien, hágame el favor de remontarse conmigo á aquella fecha en que ese señor, desligado de todo compromiso liberal, hacía resonar su elocuente voz en demanda de los derechos de la Iglesia y del Pontificado, y comparemos la importancia y los resultados de su actividad de entonces con los que obtuviera en la nueva que tomó, deslizándose desde la cumbre de los principios á las llanuras de la realidad liberal, y verá Ud. lo que hay que ver.

Entonces bien pudo considerarse el hombre más afortunado del mundo: su palabra tenía la suerte y la gracia de conmover todas las fibras de muchos millones de católicos; el número de sus admiradores era tamaño como el de todos los que nos interesamos por el triunfo de la Iglesia y de las buenas causas, desde el Papa y los Obispos hasta el último monaguillo; como que por sus prendas excepcionales de oratoria y de fogosidad, se le consideraba como el eco vigoroso y compacto de protesta, de queja y de petición que bullía en el pecho de todos los católicos que deseaban tener un intérprete útil y digno de las justas aspiraciones de tan grande comunidad: su poderosa voz teniendo de retaguardia el aplauso y las simpatías de millones de hombres que piensan y quieren lo mismo, aunque sea á costa de su sangre, era el eco de la revolución y de todos sus adláteres, los hipócritas conservadores.

¿Qué ocasión tan oportuna y sazónada para haberse cogido todos los católicos no resabiados de liberalismo y formado un centro católico de diputados y senadores, que con la cooperación simultánea y acorde de agrupaciones, especie de sucursales, formadas en la provincia, en el municipio, en la Iglesia, en la cátedra, en la prensa y en el hogar doméstico, no solamente no nos hubiéramos dejado imponer de cuatro leguleyos amamantados en las logias, en la enciclopedia y en la revolución; sino arrancar y hacer pedazos ese infamante cartel de desafío con que el liberalismo, personificado en unos cuantos afortunados innovadores, viene provocando, en lo que llevamos de siglo, á muchos millones de españoles que en su corazón lo detestan!

¿Qué ocasión más hermosa para ya que el liberalismo había vencido por dos veces á los cruzados españoles, no con el valor sino con el soborno, no en los campos de bata-

lla, sino en los antros de corrupción y compra-venta... qué ocasión para haberlo vencido y desterrado al infierno de donde salió, con armas pacíficas las más propias del Evangelio, á saber; la idea, la propaganda y las obras, convergentes todas ellas en un solo foco é inspiradas por el hermoso lema que sabe engendrar mártires!

Tan razonada estaba la cosa, que se planteó de hecho, pero el genio del mal metió la pata, sembró la cizaña y cogió fruto. Ese hombre funestísimo á quien llaman Cánovas, cual coloso de Rodas, con una pierna en el campo católico y la otra en el del liberalismo volteriano, conocedor de la trascendencia de esa hermosa conjuración de la idea católica contra su idolatrado liberalismo, y considerando que del triunfo completo de la Iglesia, podría resultar el de todas las legitimidades, se lanza rastramente, como otra serpiente, á ese nuevo paraíso de la naciente *reconcentración católica*; provoca á nuestro excelso Pidal con la tentadora manzana del presupuesto y de los honores humanos y el pobre.... comió; y para tener con quien compartir y excusar su debilidad dió á comer de la misma á algunos de sus ciegos admiradores y.... también comieron los pobreillos, dando una prueba más de quédonde falta cabeza y corazón suelen sobrar estómago, y.... todo se perdió: y si breves fueron los momentos de felicidad paradisiaca, más breves lo fueron los de aquel conato de unión de todos los católicos, porque nació ya muerta, nació averiada por el soplo corruptor del dragón infernal del liberalismo que amagaba su efímera existencia para ahogarla, si es que le dejaba ver la luz del mundo.

A contar desde aquella fecha, ya fué muy otro nuestro buen Pidal y compañeros mártires, y otro también su proceder y demás anagazas, que por falta de tiempo dejaré para otro día.

T. C.

MERCADO POLÍTICO

Como el mundo es el eterno enemigo del alma, siempre ha habido un mercado donde vender los intereses morales. España tuvo épocas en que los destinos del Estado se sustentaban, en que se hacía almoneda de los privilegios, y la institución de la justicia era secuestrada por los malhechores. Pero en estos tiempos, sin hablar de las togas, por lo que pue le suceder, el mercado político lo conoce todo el mundo. Las recomendaciones, las propinas y aún los sacrificios de la propia honra tienen una fuerza extraordinaria. El *don ut des* es la gran característica de las relaciones sociales, es el secreto de muchos prestigios y la fórmula exacta de la política liberal.

Por si hay alguno que tiene el mal gusto de creer en la representación nacional, por si todavía se espera algo de esos burguesillos con pretensiones que vienen aquí á arreglar el país, vamos á meternos en la vida política de los padres de la patria para averiguar por qué apechugan con el cargo de diputado.

Nadie ignora cómo se hacen las elecciones y quién escribe las actas. Las elecciones las hace el caciquismo y las actas no las escribe la sinceridad: las escribe el gobierno mas que sean de oposición, porque en el parlamentarismo es necesaria una minoría que dé calor é interés á las discusiones y les quite la pesada monotonía del «sí» y del «amen» de todos los bancos.

El parlamentarismo recluta sus huestes en la clase media. Los menos escrupulosos, los que siempre tienen en el

cerebro el *fas* y el *nefas* y saben algo y entran con todas como la romana del diablo, son los predestinados del parlamento. Hay algunos ricos que sólo entienden de negocios, hombres vulgares (aunque lleven en las venas sangre azul con algunas gotas de sangre judía, pues esto es frecuente), burgueses enriquecidos que compran un acta por darse lustre á cuenta de la gramática que queda deslustrada cuando hablan. Esos van á las Cortes como quieu va á uno recepción, y si no hacen daño al país hacen bastante. Pero la generalidad de los diputados no son ricos; son hombres de más ó menos letras que toman el acta para cambiarla por una credencial, no para mirar por los intereses del país.

Ser diputado es como ser aspirante á algo. Un gobierno de provincia, una subsecretaría, una dirección son los fantasmas brillantes del primer sueño de un diputado. ¿El país?... ¡Bah! El país que se... fastidie. Así oímos hablar á uno en cierta ocasión, con la diferencia de que el verbo empleado en la frase era de los que no están en el diccionario.

Se nos contestará que los señores del parlamento, sobre todo algunos, sirven al país en cuanto pueden. Pues no. Conseguir una carretera estrecha como un corbato, pedir misericordia para los pueblos que perdieron la cosecha y sacudir el polvo á los expedientes en tramitación de los amigos, lo cual ya parece un exceso, es casi nada.

Al país se le debe defender cuando los señores de las excedencias votan un presupuesto fabuloso; al país se le defiende diciendo en nombre de él: «No pago más, no voto eso.» ¿Y quién habla así? Estos amantísimos padres de la patria no son Claris ni Lanuzas, no «se plantan» nunca negando al gobierno los tributos exorbitantes que reclama. Se tienen por liberales, elogian á los comuneros de Castilla, y se portan como los que acabaron con las comunidades. ¿Dónde está su firmeza? ¿dónde su amor al pueblo? No parecen: el pueblo no los ve; el pueblo sólo ve que su snador convertido en oro, es para pagar la vagancia parlamentaria. ¡Y todavía quieren los políticos que el pueblo no se subleve!

Si supiera lo que es el mercado de los deberes, si conociese á fondo á ciertos hombres, iría á las urnas para despedazarlas y daría su merecido á los comerciantes de convicciones que en el mercado político pagan y cobran, y cambian y descambian la mercancía moral que cae en manos de ellos.

Lo de los empleados tributarios lo dejamos para cuando hagamos un estudio de patología política. Entonces se hará ver cómo y á quiénes se dan los destinos. Hoy sólo sentamos al principio del *do ut des*, tan bien entendido en el mercado de la política.

Para que no se crea que escribimos á humo de pajas, vamos á fijarnos en una provincia, en Guadalajara, que tiene representantes de muchísimo provecho.

Era diputado por la capital el Sr. Sancho, mas como le convenía un juzgado de término en Valladolid, cedió su acta al Sr. Figueroa (D. Alvaro). El Sr. Botija también tenía su acta alcarreña; le amaneció el gobierno civil de Burgos y dejó el distrito que, por traspaso, fué á parar en manos del Sr. Valdés. Colocado este señor, la ínsula de la miel le tocó al Sr. Pasaron,

ó pájaro que tenía tomada una dirección.

Ahora bien; como el Sr. Botija ya lleva dos años en la ciudad del Papamoscas y ve venir un ascenso, se acuerda otra vez del distrito.

El diputado por Brihuega y Cifuentes es el Sr. González Blanco (D. José). Su señoría dice que quiere mucho á los electores, pero no se le ve la punta. Por los caciques del corazón ha hecho algo; por el país nada. Desde que le dieron el acta, se dedicó á buscar un buen sitio en la mesa del presupuesto, y ya le tienen ustedes de ministro del Tribunal de Cuentas, con el sueldo de 30.000 reales. Ahora que llamen tontos á los citados usías.

Los únicos diputados de Guadalajara que hasta la fecha no han pescado nada, son los señores D. Santos López Peglegrin y D. Gabriel de la Puerta; diputado el primero por Molina de Aragón y el segundo por Pastrana, los cuales, dicho sea en honor de ellos, no han entrado en el juego de actas y credenciales.

Ahora si hay algún cristiano que defiende á los indicados tratantes, que se dirija á nosotros, y le probaremos que debe dejar las causas perdidas.

Nos hemos ocupado de la provincia de Guadalajara que, después de estar tan mal representada en las Cortes, no es de las peores. Pero hay provincia que no tiene vías de comunicación, provincia que es pobrísima y paga como las más ricas y está oprimida por el caciquismo. No obstante, sus diputados no se acuerdan de ella; cierran la puerta á los que les dieron el sufragio y se dedican á la pesca de grandes destinos, como si los usías que legislan hubiesen nacido predestinados al parasitismo.

Hay diputado que ni en el mapa conoce su distrito, porque no sabe geografía, orgulloso como un emperador é ignorante como un picapedrero, diputado por casualidad, que nunca sale de buey mudo, porque le faltan muchos dones, entre ellos el de la palabra. ¿Es posible que un hombre así represente dignamente á una región? ¿Es posible que los pueblos no saquen los pies de las alforjas y den el puntapie á los que fuman en el salón de conferencias en vez de desempeñar concienzudamente sus cargos?

Dícese que los pueblos tienen el gobierno que merecen. ¿Merece el pueblo español un mal gobierno?

LA IDEA RELIGIOSA Y LA RAZON HUMANA

II

LA RAZON EN SUS RELACIONES CON EL MUNDO MATERIAL

La razón. ¿Cuál es su objeto? ¿Quiénes con mayor éxito lograron cultivar esta nobilísima facultad? He aquí lacónicamente planteada la síntesis de este segundo artículo.

San Agustín, como queda dicho, divide la razón humana en superior é inferior, definiendo á la última con estas palabras: «la que mira y considera las cosas temporales,» es decir, la que por su naturaleza tiende á conocer la verdad en el mundo puramente material. Y esta es la de que vamos á ocuparnos.

Si damos una ojeada, siquier sea ligera á la historia de las ciencias todas, si inspeccionamos las páginas del saber humano, esos grandiosos y admirables monumentos en que las generaciones de todos los siglos dejan marcada la huella de su paso fugaz por este planeta, nombres ilustres excitarán sin duda nuestra curiosidad, nombres ilustres que en pos de sí dejaron la estela luminosa del genio y del talento, como el relámpago deja la suya, entre los crepúsculos de la tormenta, y que impulsaron con vigor el estudio de la química, astronomía, física, matemáticas etc., después de profundas investigaciones y prolongadas vigiliat.

Segun el sentir de los *modernos reformadores sociales*; segun los secuaces de la educación independiente de toda idea religiosa; segun los propugnadores entusiastas del tan llevado y traído tema: *la idea religiosa se opone al progreso de la razón*, todas estas eminentes inteligencias, todos estos esplendentes faros del saber, todas estas lumbreras de la humanidad, debieron profesar, ó al menos, sentir allí en los más recónditos pliegues de sus nobilísimos corazones, un odio implacable una feroz aversión hacia todo aquello que pudiese prestarse á sus consideraciones con el mero carácter de *religioso*. Pero, ¡ahl... perdonad próceres ilustres, perdonad mi ligereza, mirad con misericordia estas pobres cuartillas, si cometí el crimen de suponer culpables, y me atreví con osadía á insultar vuestras cenizas venerandas!

Kepler, Newton, Euler, Pascal, Leibnitz, Malebranche. Cubier, Blix, Ampere, Canchy y demás innumerables *corifeos* de la ciencia sólidamente cristiana, romped la losa que cierra vuestra tumba y erguid las frentes, para que los destellos de vuestras inteligencias eclipsen cual resplandeciente sol, los pálidos rayos que parten de las teorías satánicas, hoy tan en boga, y aplasten de una vez la trivial objeción que contra la sacrosanta religión de Cristo formula sién cesar la impiedad de nuestros días; descienda vuestro espíritu, indudablemente glorioso, y haga saber á la moderna pseudociencia, que habeis averiguado las constantes leyes del firmamento; que á vosotros es la óptica deudora de sus descubrimientos más notables; que habeis prefijado el movimiento de la tierra al rededor del sol, que á vuestra sana crítica y continuadas investigaciones se debe la famosísima reconstrucción material de los seres que pueblan la tierra, desde el momento en que ésta se hizo apta para la vida orgánica, esa historia muda del mundo animal, del mundo vegetal y del mundo mineral, escrita en los esqueletos y monumentos; y en fin, que fruto de vuestros concienzudos estudios, son las admirables soluciones de infinitad de problemas en el árido campo de la ciencia, de los números y en la vasta esfera de las ciencias naturales; que vuestra *razón inferior*, como diría San Agustín, si no ha llegado á la meta, si no alcanzó el pináculo de los humanos descubrimientos, no cede al menos, ó mejor dicho, en gran parte supera á la de los hombres impíos.

Todos los genios cristianos, que porque sabían mucho, creían mucho, ¿no darán nueva fuerza á nuestros argumentos, contra las pretensiones, tan necias como infundadas, de los adversarios?

Lejos pues, muy lejos de que la razón humana en la investigación de la verdad, sea lesionada ni adormecida por la idea religiosa, vemos, por el contrario, aquella vigorizada por esta, pues, los más distinguidos astrónomos, los más sabios naturalistas, los más renombrados geólogos y los físicos más ilustres, ostentan escritos sus famosos nombres en la bandera del Cristianismo; teniendo presente que la ciencia de la naturaleza, como dice un polemista contemporáneo, no consiste en la descripción de este insectillo, en el análisis minucioso de aquella roca, ó en la clasificación acertada de una flor, sino que el hombre de genio, llámese Kepler, Newton ó Leibnitz, no se detiene en los detalles; aspira á conocer el conjunto de lo creado, quiere contemplar la armonía de las fuerzas de la materia que animan á las realidades creadas; abrazar en un poderoso golpe de vista las leyes que forman y conservan la armonía del universo, para después reconocer y sentir la inteligencia superior, principio de la unidad y variedad de estas criaturas, de estos movimientos, de estas leyes; y en fin llegar al conocimiento del supremo Ser, sin el que nada se explica ni nada vive.

No nos admire, pues, que los verdaderos sabios aboguen por la idea religiosa; ya lo había dicho el inmortal Bacon; «Poca ciencia aleja de la religión; mucha ciencia conduce á ella.»

Y en prueba de esta sentencia, oigamos con fruición dos humildes oraciones. en que se abisma la sublimidad del genio, impotente por sí sólo para llegar al conocimiento pleno de la Verdad

Kepler, á quien sus admiradores llaman el legislador del firmamento, concluía su obra con esta oración más propia de un cenobita, que de un hombre del siglo: «Y ahora sólo me resta elevar los ojos y las manos al cielo y dirigir mi humilde plegaria al Autor de toda luz: ¡Oh tú, que por las sublimes claridades que derramaste sobre toda la naturaleza, elevas nuestros deseos hasta la luz divina de tu gracia, reconocido te estoy, Señor y Criador, por todas las dulzuras que he gustado en los éxtasis que he sentido al contemplar la obra de tus manos! He terminado este libro que contiene el fruto de mis trabajos, y he empleado en componerlo toda la inteligencia que me diste. He proclamado ante los hombres toda la magestaden de tus obras, demostrándoles la perfección de éstas, en cuanto mi espíritu limitado me ha permitido abrazar en extensión. Me ha esforzado por elevarme hasta la verdad, por conocerla tan perfectamente como me ha sido posible, y si algo hubiese escrito indigno de tí, haz que lo reconozca para borrarlo. ¡Me habré dejado llevar de las seducciones, de la presunción en presencia de la belleza admirable de tus obras! Habré buscado mi propia gloria entre los hombres, al elevar este monumento que no puede ser consagrado sino á su gloria! ¡Oh! si así fuera, recíbeme en tu clemencia y en tu misericordia y concédeme esta gracia: que la obra que acabo de componer sea siempre impotente para producir el mal, y que por el contrario contribuya á la glorificación y salvación de las almas.» (1)

Y á los tres siglos de distancias, el ilustre secretario de la academia de ciencias de Francia, M. Dumas, expresaba, hace algunos ya, con la modestia que caracteriza y á la vez enaltece al genio, la debilidad profunda de la inteligencia humana y su fé en la inmortalidad.»

(1) Citado por Meric, en «Los esplendores de la Fé,» por Moigno.

«Instruido, decía M. Dumas, en la escuela de Faraday y de la Rive, se desea repetir con ellos: Quién puede conocer la atracción que sostiene á los astros en el espacio, y la afinidad que liga las moléculas de los cuerpos, ¿no es acaso una palabra cuyo sentido desconocemos? Nuestro espíritu nos representa la materia como formada de átomos ¿Sabemos si existen átomos? La fisiología describe los fenómenos de la vida. ¿No ignora ella misma lo que es la vida? Y el geólogo que escribe la historia del globo, del cual no ha examinado aún la epidermis, ¿sospecha cuál pueda ser el origen y el fin del globo que habita? Si á veces el hombre se siente orgulloso de haber apreudido tanto, no debe sentirse también más humilde y más pequeño por lo mucho que ignora? La vida no comienza ni termina sobre la tierra, y si no estuviéramos convencidos de que Faraday no reposa por entero bajo una losa fría, sino que por el contrario, está presente entre nosotros y simpatiza con nosotros, su espíritu puro nos contempla, no estaríamos reunidos en este sitio para honrar su memoria y pagarle, una vez más, un tributo sincero de afecto, de admiración, y de respeto.» (1)

Así hablan los genios sólidamente cristianos, sin avergonzarse del nombre que les fué impuesto con las aguas regeneradoras del bautismo.

Convénzase, pues, la impiedad, retire sus vanas y gratuitas pretensiones ante los incontrovertibles argumentos del cristianismo, sacado del orden experimental: prostérnese ante las inflexibles columnas de la verdad, y considere atentamente lo movetizo y deleznable de sus sofismas, por más que pretenda hacerlos aparecer como lógicos é intachables. La idea religiosa no se opone al progreso de la razón, sino que por el contrario, sirve á esta de sostén seguro en el tortuoso sendero de su misión difícil.

V. A. LASTIERRA.

LOS INDULTOS

No somos enemigos de la gracia del indulto, es una obra de misericordia, y á fuer de cristianos entiendo que debemos practicarla; pero abusar de ella, y lo que es más triste, convertirla en costumbre, me parece que es un gran peligro para la sociedad.

Si á cada paso hemos de indultar al criminal por cualquier acontecimiento, más ó menos fausto, no tenemos más remedio que, ó aumentar la calidad y cantidad de las penas ó borrarlas del Código penal, porque no resulte ilusorio.

Bueno que se rebaje la condena al procesado que por su buen comportamiento en el presidio ó por sus señales de enmienda se haga digno de volver á recobrar la libertad de que abusó, pero repartir esta gracia á ciegas, es lo mismo que decretar la impunidad.

Sobre ser muy antiguo este sistema de alegrarse por ciertas cosas, es muy peligroso y poco justo.

Si hay necesidad de conmemorar un hecho ahí están las clases trabajadoras y los sufridos y pobres contribuyentes.

Más equitativo es dispensar un favor al virtuoso, que no otorgar una gracia al criminal.

Ya sabemos que al obrar así vamos como impulsados por algo que tenemos en la sangre; y es que en la sociedad actual las ideas de justicia y equidad están algo borrosas, y por eso ciertas cosas no nos extrañan; pero el tiempo nos irá demostrando que por el camino que marchamos no vamos más que al rebajamiento individual y social.

O las leyes universales faltan, ó la reacción tiene que venir, y esa reacción tenemos que hacerla los hombres nuevos, los que tenemos la honra de pertenecer á partidos políticos para quienes no hay términos medios ni componendas en cuestiones de moralidad.

JUAN DE MOLINÉS

CRÍTICA Y CHISMOGRAFIA

Por el Consejo superior de agricultura se ha acordado el estudio de una ley general de plagas.

Anda, anda, y pocas que tenemos encima.

Menudo estudio.

Esos señores no deben saber lo que traen entre manos.

Porque sino, ¿cómo era posible que se pusieran á estudiar desde las plagas de Egipto hasta las que padecen los maestros de escuela de hambre de pagas y sed de justicia?

En la América del Norte se ha inventado una máquina que hace 750 tostadas por hora.

Y á eso le llaman invento.

En España hay individuo que dá 7 500 en media, sin máquina ni cosa que lo valga.

Y se queda tan fresco.

A la maestra de Rafol de Salem (Valencia) le deben veinticuatro meses.

Y tras de la deuda, 24 ó 25 prójimos de dicho pueblo se han empeñado en ponerla de patitas en la calle, arrojándola de su casa.

De seguir esto así, propongo que para acabar pronto con esta cuestión, se fusile á todos los maestros y maestras de escuela.

Y así nos quedaremos en paz.

Y jugando.

En Sevilla ha sido descubierta una fábrica de moneda falsa que desde hace tiempo venía infestando la comarca andaluza.

Para qué le darán á uno estas noticias.

¿Qué necesidad tenía yo de llevarme el susto que me he llevado hasta ver si entre los *perros chicos* que suelo llevar en el bolsillo del chaleco había alguno falso!

En el periódico *El Globo* está publicando D. Hilario

(1) Moigno, «Esplendores de la Fé,» citado por Meric.

Peñasco de la Puente una serie de artículos para escribir la historia de «Las sisas de Madrid.»

Pero Sr. Peñasco, ¿no conoce Vd. que va á sacar de eso la misma utilidad que si diera con la cabeza en un ídem?

CICUTA.

Aunque con retraso hemos recibido tres ejemplares del *Almanaque Carlista de El Vasco*, para el presente año.

El del año anterior un excelente libro, pero el del año actual no desmerece nada si se le compara con el del año 1889. Como aquel, contiene curiosos documentos reales y hermosas poesías, una de nuestro director, y bajo el punto de vista religioso es inmejorable.

Damos las gracias por el recuerdo á la redacción de nuestro querido colega y recomendamos el libro á nuestros amigos.

Véndese á peseta el ejemplar.

Nuestro distinguido correligionario y querido amigo don Valentín Nogaeruela, nos escribe desde Haro participándonos su convalecencia de la grave enfermedad, que, como saben nuestros lectores, ha padecido.

Mucho celebramos que tan buen amigo y excelente carlista vaya recobrando la salud.

Al general Chinchilla

Señor don José Chinchilla:
yo que he sido militar
y sé lo es Ultramar,
y estuve en la Grande Antilla,

con el respeto profundo
que inspira á todos el sable,
le diré lo más notable
que hallará en el otro mundo.

Respetable don José,
cuida bien su personilla,
que allí la fiebre amarilla
es más general que usted.

El cólera morbo habano
tiene en Cuba su destino,
y le llaman sagastino,
ó ministerial cubano.

El vómito negro no
reina como se ha pensado.
¡Allí ningún empleado
vomita lo que tragó.

¡Que lo diga Oteiza, y varios
que *oteizaron* por allá!
¡Ninguno vomitará!
¡Son hombres extraordinarios!

Usted puede mejorar
el estado de la isla,
pues lo que aquí se legisla
no aprovecha en Ultramar.

Si tuviera usted el valor
de moler muchas costillas,

la perla de las Antillas
sería mucho mejor.

Pero dejando en la Aduana
los trastos de hacer justicia,
acabará la codicia
con la riqueza cubana.

¡Dé usted palos á granel
á los fusionistas malos,
que debe saber dar palos
el que sale del cuartel!

¡A ellos, mi general;
no deje en paz á la trancal!
¡Así hacía Salamanca,
y no le probaba mal!

Es difícil que le mate
un bárbaro en la manigua.
¡Primero mata una exigua
jicara de chocolate!

Hay desayunos fatales,
por lo cual tenga prudencia;
sino... ¡deja la excelencia
en aquellos andarriales!

Hago punto... militar.
Buen viaje, señor don Pepe
y que les dé buen julepe
á los chinchines de Ultramar.

UN LICENCIADO

que no ha cobrado los alcances.

LATIGAZOS

La República:

«El RIGOLETO, periódico carlista, ha comenzado á publicar un museo de objetos célebres y donativos.

Pero nos tememos museo que este museo resulte incompleto.

A no ser que el semanario carca publique también la calabaza de D. Carlos en un frasco de alcohol de 30 grados, ó las entrañas del cura de Santa Cruz en salsa negra, como los calamares.

Entonces si que resultaría un museo digno de pasar á la posteridad.»

¡Calabaza!

Calabaza la tienen los republicanos.

Unos, vacía.

Y otros, llena de aguardiente.

El colega hace mal en hablar de las entrañas del cura de Santa Cruz.

Porque hay entrañas republicanas...

¡Que ni las de la tierra!

Hacia el infierno.



El Liberal:

«También ayer intervino en el debate de la alta Cámara el Sr. Cuesta y Santiago.

Y según un periódico, dijo:

«Que las comisiones dan sus dictámenes con arreglo á los deseos del gobierno.»

¡Holá!

De modo que las comisiones no valen para nada.

¡Lo suponíamos!

Más cuenta le tendría al gobierno despachar todas las comisiones.

O comérselas.

Y hacer lo mismo con las oposiciones en el Congreso.

Porque nunca tienen razón.



Ha sido sancionada la ley de amnistía por delitos electorales.

¡Qué alegría para los caciques!

Es de creer que se prepararán para hacer méritos en las próximas elecciones.

Sino no estarán en condiciones de merecer otro perdón.



Dicen que el señor conde de Xiquena se retira de la política y se va á Nápoles.

Pero ¿podrá vivir allí el señor conde?

Porque ¿de quien va á ser disidente?

¡Del Vesubio?



El *Imparcial* quiere salvar el sufragio, caiga el que caiga.

Pero ¿si cae el país?

Si cae el país, probablemente,

El colega se quedará tan campante.

Y tan *imparcial* como siempre.

Dice *La Monarquía* que el país ministerial es el del abanico.

Entonces ya se explica el sufragio universal.

Alcanzará á todos.

La Izquierda, hablando del Sr. Romero Robledo.

Triste sino, en la oposición hacer reír, en el gobierno hacer llorar.

Lo mismo, lo mismo que todos los liberales dinásticos.

Dice *La Patria* que ni los zorrillistas ni los sagastinos saben lo que es credo político.

¿Y qué falta les hace?

Como no les da de comer.

Si fuese comestible

el credo, crearían lo imposible.

Dice *El Imparcial* que los romeristas tratan de parar el sol.

¿Para alargar el día ministerial?

¡Buena cuenta les tiene á los amigos del Sr. Romero Robledo.



La Epoca cree que ha descubierto el juego al Sr. Sagasta.

Pero no ha descubierto el modo de ganar la partida.

Y D. Práxedes sigue tirándole de la oreja á Jorge.

O al país.

za no podría explicarse tan prodigioso valor. La reina y su hermana quisieron persuadirle de que quizá sus amigos pudiesen todavía sustraerle de aquella muerte ignominiosa, que le esperaba, pero el rey les manifestó, que á las generaciones tocaba fallar si había ó no muerto afrentosamente, y que en cuanto á él bastábale morir con dignidad, y en amistad con su Dios.

Sonaron las diez y un signo de Luis indicó á la familia real que era llegada la hora de su separación. Pronto los sollozos y alaridos se mezclaron con los mas tiernos abrazos, y los ruegos de la madre, de los hijos y de la hermana, hicieron que Luis les prometiese poderle ver al día siguiente. *Adios mi amada Antonia, dijo abrazando á su consorte, pobre esposa mía, adios procura ser siempre buena madre, y habla de mí con frecuencia á mis queridos hijos.* Al pronunciar estas últimas palabras llegó á tanto el enternecimiento de Luis, que no le fué posible expresarlas sino con sollozos y gemidos, y abrazó repetidas veces á su familia, hasta que haciendo un esfuerzo supremo, se desasó arrebatadamente y pronunció un tan tierno y penetrante *adios* que M. Isabel quedó desmayada...

Mientras dos comisarios conducían á su cuarto á la familia real, Luis cayó en un sillón trastornado por el más doloroso abatimiento. Un silencio sepulcral, siguió á esta escena, solo interrumpido por los sollozos de Clery, su fiel criado, y las paces del confesor que pedía fervorosamente al Señor, diese al Rey fuerzas suficientes para consumir tan tremendo sacrificio.

Léanse los últimos consejos, insertos al pie, y podrá juzgarse de la perfidia de los revolucionarios, al tachar á Luis de déspota y atentador.

Su entereza y su serenidad aumentaban á medida que se acercaba la hora infausta del sacrificio. Sin la inocencia del rey y su confian-

virtudes todas que nos preparan la felicidad de la tierra, y nos prometen la del cielo... Si llegas á ocupar el trono de tu padre, jamás te acuerdes de mis infortunios, más que para perdonar á mis enemigos; lo contrario sería oponerte á mis intenciones y á mi voluntad... Procura dirigir todas tus operaciones por una justicia piadosa, hermanando la gloria del cielo en los intereses de los hombres; sé apacible sin debilidad, religioso sin superstición, justiciero sin crueldad, rey sin despotismo, ó vasallo sin vileza. ¡Dios mío! dignaos mirar con ojos propios á este niño tan querido como desgraciado, fortaleced su corazón contra todos los embates de la desventura, y haced que salga de esta morada penetrado de la sabiduría y del deseo ardiente de hacer bien á sus semejantes. Dignaos no desampararlo, á fin de que encuentre nuevos motivos de ejercer la virtud y nuevos apoyos para alcanzar la recompensa celestial. Adios, mi amado hijo; mi amado y tierno Carlos, adios; acuérdate de tu padre... ¡Ojalá seas tan feliz como yo infortunado!... Este es el último deseo de tu padre. En la torre del Temple, á 42 de Diciembre.—Firmado—Luis.» (Tomado de la «Historia de la Revolución de Francia», publicada por la *Ilustración Popular Económica* de Valencia.)

mi corazón, contrasta todos mis esfuerzos y vence mi denodada constancia: la futura suerte de mi familia!...

¡Ah! pueblan mi fantasía imágenes dolorosas; mi desgraciada mujer, mis hijos amados y mi tan apreciable hermana, arrastrando en esta torre del Temple tan cruel y tan precaria vida, el miserable estado en que han de vivir si no me siguen al cadalso... esto...»

—«Señor, le contestó el confesor, todavía hay almas sensibles y fieles vasallos; quizá... ¿quién sabe si...»

—¡Ah Mr. de Fermout, si un rey no cuenta con amigos cuando está en el trono, mucho menos los conseguirá en la desgracia!... Muchos me han abandonado, siendo quizá deudores á mi prodigalidad, y... yo les perdono en la seguridad de que después de mi muerte, lágrimas estériles evocarían mi memoria y excitarán en ellos el arrepentimiento.

—La convención, añadió Luis, me ha concedido conversar con mi familia; dejad que la del último adios y después me entregaré todo á Dios y á vos.

Apenas se había retirado Mr. Fermout, cuando entraron en el cuarto de Luis, la reina llevando de la mano al príncipe real, Madama Isabel y su sobrina. El Rey se adelantó algunos pasos, y estrechó sucesivamente y con la mayor emoción á la esposa, á los hijos y á la hermana. Cerrada la puerta, Luis ocupó un sillón, y toda su familia se situó á su alrededor.

Escena tan patética—dice un historiador al llegar á ese punto—escena tan patética como esta, en que el interior se conmueve, contras-

El juego del Sr. Sagasta, según *La Epoca*, consiste en alargar todo lo posible la discusión del sufragio, para alargar los días del Gobierno.

Pues lo mismo harían los conservadores.
Que si hubieran podido, hubieran parado el sol.
Para que los días del poder fueran inacabables.



De *La Política Moderna*:
«El Consejo» de Agricultura se ocupa de redactar una ley sobre plagas,
Prepararse, fusionistas,
¡Bah! Si las plagas son las que legislan, ya se echarán a la parte de fuera.



Dice *La Justicia* que los emperadores y los reyes cobran los días que no trabajan.
Ahora...
Ahora sí.
Pero antes era otra cosa.



Dice *La Voz Montañesa*:
«EL RIGOLETO, periódico carlista, ha comenzado a publicar un museo de objetos célebres y donativos.
¡Buen pensamiento, bueno.»
Y añade chistes tan montaraces
La Voz que viene de Santander,
que nos digimos al escucharla:
—¡*La Voz del monte* debe de ser!



En Cuba ha habido otro desfaleo y no sé qué más.
Un cabo se fugó con un millón
y se quedó sin él su batallón.
¡Aten ustedes cabos,
después que se desatan los ochavos!
Verdad es que el cabito tenía la confianza de sus jefes.
Y se fugó en confianza,
Ya tenemos soldados
en competencia con los empleados



Los manifestos son el pan nuestro de cada día.
Dice *El País*:
«Anteayer el Sr. Salmeron, con ocho amigos, formó un partido y dió su manifesto.»
Pues nada colega, ese es el porvenir del partido, primero grupos de a ocho y luego la disolución completa.
Y después cada pájaro a su espiga.



Ocasión de hacerse rico.
«Dicen de Barcelona que los duros de plata valen allí menos de cuatro pesetas.»
Y dirán que no hay dinero en España.—Eso es mentira, lo que es que se pone huero y todo el mundo lo tira.



Esperemos, esperemos.
El Liberal supone que el porvenir manifestará la importancia del manifesto del Sr. Salmeron.
¡Cál!
Como si el porvenir fuera una cosa de poco más o menos.

El porvenir es muy formal.
Y no se ocupan los que son formales de manifestos tonto liberales;
ya sean fusio-enanos,
ó reformistas, ó republicanos.



«El ministro de Ultramar ha ultimado el proyecto del Archipiélago filipino.»

¡Proyectar un archipiélago!
¿Creará el archiministro que son archiproyetiles los señores filipinos?



Efeméride de un periódico dinástico.
«Día 3 de Marzo 1883. El matador de toros Antonio Gil es recibido en audiencia por el rey D. Alfonso XII; á consecuencia de esta visita fué colocado el mencionado diestro en el ministerio de la Gobernación.»

Y el difunto diría
lo contrario que Tito:—Gané un día.



Parece que no tira de la levita;
y aunque no lo parece,
¡vaya si tira!

Dice *La Izquierda Dinástica*:
«Cuando un Gobierno se mantiene firme, demuestra que tiene un buen plan.»
Como todos los amigos de *La Izquierda*.
Los cuales siempre han tenido el plan de aplanar al país.



«El único remedio.»
Así se titula un artículo en el que *La Monarquía* (conservador) desarrolla el tema de la miseria que Caspe y otros pueblos del Bajo Aragón sufren actualmente.
¡Qué cargos hace al gobierno!
¡Qué recriminaciones á Sagasta!
Y con mucha razón.
Pero esos argumentos en boca de otro producirían su efecto.

Mas en los conservadores
¿cómo le han de producir,
si han sido por tantos años
sanguijuelas del país?



De *La Oposición*:
«La salvación; la riqueza, la vida de este país, está en su buena marcha agrícola.»
¿Sí? Pues la agricultura tiene buena marcha.
Se va al extranjero.

Pero lo que quiere el colega es ver prosperar la agricultura.

Y es muy fácil.
Que vayan á arar las oposiciones.
Y tres cuartas partes de los ministeriales.



Dice *El Estandarte* que lo de Cuba recuerda las hazañas de José María y de Candelas
Y las de Melgares y el Bizco del Borje.
Los cuales funcionaban á la par que los conservadores.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

D. J. E., Elgoibar; idem fin Junio 90.—D. F. G. T., Palma de Mallorca; idem fin Diciembre 90.—Excmo. é Ilmo. señor A., de Tarragona; idem fin Diciembre 90.—Ilmo. Sr. O., de Jaen; idem fin Diciembre 91.—D. C. Ll. y D. F. S., Seo de Urgel; idem fin Diciembre 90, y mandé los números.—D. S. F., Ripoll; idem fin Diciembre 90.—D. D. M., Orihuela; idem fin Febrero 91.—D. C. B., Pamplona; idem fin Septiembre 90.—Ilmo. Sr. O. de Ciudad Rodrigo; idem fin Abril 91.—D. N. G., Bronchales; idem fin Junio 90.—D. C. L., Romanillos; idem fin Diciembre 90, así se cumple como católico y carlista, está usted dispensado y á mandar.—Don M. P. Córcoles; idem Abril 90.—D. E. R., Puebla de Almuñadiel; idem fin Septiembre 90.—D. G. R. y D. E. M., Cuenca; el primero fin Junio y el segundo fin Diciembre 90, así se hace, el pago es adelantado, gracias por todo y adelante hasta concluir con el liberalismo.—D. Z. G., Chozas de Canales; idem fin Marzo 90.—D. M. O., Maluenda; idem fin Noviembre 89, debe 10 rs., y lo que quiera para en lo sucesivo.—D. N. P., Alcaroches; idem fin Abril 90.—D. Y. S., Villacañas; idem fin Diciembre 90.—D. T. A., Hiedelacencia; idem fin Junio 90.—D. S. G., Chillaron de Cuenca; idem fin Abril 90.—D. M. San J., Pitillas; idem fin Diciembre 90 y D. J. O., Lerga; idem fin Diciembre 90, por *La Lealtad* de Pamplona.—D. J. M., Soria; idem fin Diciembre 90.—Excmo. Sr. Marques de V. E., Erma; por *El Vasco*, idem fin Diciembre 90.—D. F. H., Erasm; idem fin Enero 91 y D. F. L., Huarte; idem fin Diciembre 90, por *La Lealtad* de Pamplona.—D. C. N., Reinosa; idem fin Septiembre 90.—Rde. P. L. M., Jaca; idem fin Febrero 91.

VINOS SUPERIORES DE MESA

DE

J. BALLESTEROS

Arreba, 9 y 10 pesetas.—Botella de tres años, 4 peseta.—Burdeos, botella, 2 pesetas.—Medoc, botella, 2,50 pesetas.—Jerez, botella, de 3 á 12 pesetas.
Manzanilla, Málaga, anisados, etc., etc.

22, Esparteros, 22.

ADVERTENCIA

Se ruega á nuestros señores suscritores de provincias se pongan al corriente en sus pagos con esta Administración.

La misma observación hacemos á nuestros corresponsales y paqueteros.

IMPRENTA DE FRANCISCO NOZAL

calle de Jesús, 3, esquina á la de las Huertas

tándose todas las pasiones más violentas, es más fácil de imaginar que expresarse; y lo que allí se habló corresponde menos á la historia que á las ficciones del pensamiento. Figurémonos á una familia á quien el consentimiento de cien generaciones había hecho la más poderosa y rica, despenada del trono más opulento, reducida á la mayor indigencia, y envilecida hasta lo sumo por el espantoso trastorno de una revolución inaudita, que al decir de un escritor liberal, convirtió á la Francia en un mar de sangre con islotes de esqueletos y de escombros, y que presa, angustiada y sin esperanza alguna se halla alrededor de su jefe condenado á muerte, recogiendo las últimas palabras de sabiduría que brotan de su boca, y las miradas postrimeras de aquellos ojos que en breve la muerte cerrará por siempre. Una tierna esposa que ya no estrechará el corazón de su amado esposo contra el suyo, una hermana querida que ya no escuchará el eco cariñoso de las palabras con que le honraba su hermano, y unos hijos prontos á quedar en la mayor orfandad abrazando por la última vez á su tierno padre, si, porque hoy todavía corre la sangre por sus venas, pero mañana... ¡Ah! mañana ya no existirá.

Los primeros veinticinco minutos de esta funeraria visita, pasáronse entre lleros, gemidos y sollozos, hijos del abatimiento y del dolor más acerbo. ¡El hijo abrazaba al padre, la hija enjugaba su llanto copioso, la esposa lloraba amargamente tanta desgracia y la hermana estrechaba con fuerza y calor aquella mano que pronto la guillotina había de transformar en yerto miembro!

Luis queriendo dar otro colorido á aquél cuadro lúgubre, procuró rehacerse, y venciendo la ternura y la sensibilidad que le embargaba, dijo:

—Vamos, que este estado es demasiado aflictivo; demos gracias á la Providencia, que se ha dignado poner fin á mis penas. Pierdo una vida, es verdad, pero al fin, es una vida acibarada por el dolor, y precursora de otra vida eterna y quizá con la misericordia de Dios, para siempre bien aventurada... No me contrista la pérdida de una perecedera corona... sino la suerte que os espera... Sin embargo... creo que no correis peligro alguno, pues vuestra cabeza no puede ser obstáculo á la amición de los reguladores de la Francia. Confad ante todo, en la misericordia y bondad divina.

Y tu hijo mío, continuó dirigiéndose á el delfín, aunque hoy no te sea dado comprender el peso de mis consejos, guarda este pequeño cuadernillo de papel, y cuando tu talento haya madurado por el trascurso del tiempo y las lecciones de los reguladores de la Francia. Confad ante todo, en la misericordia y bondad divina.

(1) El cuadernillo arriba dicho, contenía los últimos consejos de mi hijo Carlos, que Luis escribió en las Carceles del Temple, y que extractaré aquí, por ser de excepcional importancia.

...«Ojalá que mi desventura te enseñe á despreciar el poderío y la opulencia, y á no apreciar sino la bondad del corazón, la rectitud del juicio y la moderación de la conducta;

Al fin Luis rompiendo aquél melancólico letargo.—¡Ay! Mr. de Fermont, exclamó.—Soy muy débil; pero crey que la misericordia de Dios me habrá perdonado, si lo he olvidado por un momento para pensar y acariciar en el último adiós a mi familia... ¡Ya no la veré más!

Luis XVI expuso entonces todo cuanto su conciencia le dictaba, al confesor, quien después de darle la absolución quedó convencido de la sólida instrucción del Rey en sus deberes, y de sus arraigados principios católicos.

Después de la cena, que fué muy parco, el sacerdote inició á Luis si deseaba oír misa y comulgar al día siguiente; á lo que accedió gustosísimo. Se hizo con este objeto la petición al consejo, cuyos miembros unos se burlaron con ironía y otros se mofaron á placer, accediendo por fin á la réplica del desgraciado, no sin que antes un miembro propusiese que podía el reo envenenarse con la hostia.

Sabido este resultado, Luis se acostó tras largas instancias; como estaba fatigadísimo, y eran las dos de la noche, se durmió al instante. ¡Sueño fatal, de que solo había de despertar para entrar en el éxtasis profundo de la eternidad!... A las seis de la mañana del 21 se levantó, y mientras sus criados Cler y Fargi levantaban un pequeño retablo donde un sacerdote celebrase el santo sacrificio de la Misa, Luis se internó en el gabinete con Mr. de Fermont, y le dijo: «Los ambiciosos esperan con impaciencia mi muerte, para lanzarse cual voraces aves de rapiña sobre mi trono. Dios es testigo de que no deseo el restablecimiento de la dignidad real, y menos de que recaiga en